



Candidato A Sheriff

Oscar A. Bachoir

CANDIDATO A SHERIFF

Cuento

Por: OSCAR A. BACHEIR

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier

Medio sin permiso escrito del editor:

info@bacheir-caparo.com

<http://bacheir-caparo.com>

CANDIDATO A SHERIFF

Un día en que Leoncio se encontraba tomando un pequeño desayuno en su cabaña, en uno de los más alejados y solitarios descampados de Arequipa, un hombre se acercó y tocó la puerta.

Leoncio contestó el llamado y al abrir la puerta se encontró con la figura de un hombre delgado, pero de rasgos fuertes y rudos. El pelo color higo maduro era tupido y semiondulado, no había sido cortado recientemente, de modo que le cubría las orejas. Los ojos color caramelo impresionaban por el sentimiento que reflejaban, una curiosidad por saber quien era el hombre solitario que vivía en esa cabaña tan bien diseñada.

Buenos días –le dijo- Mi nombre es René Meléndez y vengo porque hoy no tengo un lugar donde dormir. Necesito que alguien me refugie.

Leoncio, quien bordeaba los sesenta, no era objeto de intensa curiosidad porque pocos sabían donde vivía y porque no había manera de enterarse, pero no lo molestó en absoluto la visita del forastero y se mostró con él tan cordial que lo tomó desprevenido. Leoncio tendió la mano al forastero, ¿un poco más joven que él?, y se presentó con una frase que con el tiempo se le haría costumbre decir: “mi nombre es Leoncio Espinal y soy el alcalde de esta ciudad”.

Lo invitó a que pasara para que desayune con él, por lo que Meléndez olvidó que estaba en la morada de otro indigente, y aunque no era mandatorio, no pudo resistirse, aceptó la invitación de Leoncio y entró detrás de su anfitrión; una vez adentro, observó todo lo que estaba a la vista, almacenando en su memoria la sencillez de todos los muebles que eran en sí una historia, bastaba sólo eso para crear un cuento.

Entraron a través de un corto y oscuro pasillo pasando la sala de estar y llegaron hasta la cocina. Era una cocina sencilla. Lo primero que llamaba la atención era una mesa cuadrada de madera con un candelabro a medio caerse y una vela semiderretida. Fuerte y compacta, su tablero era de tres centímetros de espesor sin ninguna cubierta, tres sillas hechas a mano rodeaban la mesa, todas pequeñas y de madera, y aunque si bien no eran finas, eran resistentes, por lo que Meléndez apenas disimulaba su sorpresa por lo que estaba viendo: reflejaban el temple de quien las había hecho.

- ¿Desea una manzana? –Preguntó Leoncio- Estoy desayunando y me gustaría que me acompañara.

A Meléndez simplemente le impresionó el acercamiento de alguien que era casi extraño. Movi6 una de las sillas y se sent6.

-No. Bueno, est6 bien, creo que s6 –titube6, mientras se pasaba las manos por las mejillas y sent6 que la ma1ana en algo calmaba su apetito ¿habr6a verificado si ten6a alg6n gusano?

- Aunque no lo creas, ten6a el presentimiento que alguien me iba a visitar –dijo Leoncio-. Por eso hoy compr6 cuatro manzanas en vez de tres...

Meléndez, pasado un momento, sinti6 que la manzana ya le hac6a efectos.

- ¿O sea que me puede invitar una m6s? –pregunt6 interesadamente.

-Me gustar6a much6simo- contest6 Leoncio, pero no puedo sacrificar el desayuno de ma1ana, porque como dice el refr6n: “una manzana cada d6a, mil m6dicos alejar6a...” Sin embargo, si quiere partimos un meloncito que me regal6 un amigo.

Meléndez lo mir6 y se sinti6 algo inc6modo. Trat6 de cambiar el tema y atin6 a decir: “Bueno, d6game, ¿C6mo es eso que 6sta es una ciudad si s6lo veo una caba1a?”

-Es verdad, es la 6nica- replic6 Leoncio, pero habr6n muchas m6s, pues la extensi6n del 6rea permite construir unas ocho aproximadamente.

Meléndez pregunt6 c6mo pod6a estar tan seguro del c6culo y Leoncio, despu6s de pararse de la mesa, lo invit6 a salir, pues afuera conservaba un plano que hizo de su casa. Al salir, Meléndez tard6 en comprender qu6 era lo que Leoncio quer6a mostrarle y acerc6ndose a una planicie, Leoncio se puso de cuclillas, tomando la rama de un 6rbol que encontr6 all6 mismo y se1alando con ella un plano hecho a pulso que qued6 grabado en la greda, empez6 a disertar, mientras Meléndez qued6 parado a su costado.

-Mire, Meléndez –le dijo- 6ste es el plano de mi caba1a y el resto es el 6rea del descampado.

Meléndez qued6 pensativo y despu6s se sent6 en cuclillas mirando el dise1o mientras Leoncio se lo explicaba. Las dimensiones las ten6a en la mente.

-Las cabañas de esta ciudad, por más pequeñas que sean, deberán tener cocina, un dormitorio y la sala de estar que es opcional –dijo-. Si usted desea vivir aquí, deberá construir una porque estoy necesitando gente –añadió.

Meléndez empinó las cejas y con los ojos bien abiertos lo miró y le dijo: “¿cuánta gente necesita y para qué?”

-Necesitamos un sheriff que viva permanentemente y que cuide la ciudad –respondió-. Asimismo un juez para que resuelva los conflictos internos que se susciten entre los residentes y sentencie quién puede alojarse y quién no. ¿Le gustaría ser sheriff? –insinuó Leoncio, cortésmente.

-Alguna vez quise serlo –contestó Meléndez-. La paga es buena pero los jefes son unos desgraciados. Siempre tratan de intimidarlo a uno para sacar algún beneficio.

-Porque necesito alguien quien represente a la ley, una persona fuerte que se haga respetar –interrumpió Leoncio-. Pienso que usted es la persona indicada para este asunto –añadió.

Meléndez no vaciló al mover la cabeza dejando saber que el “puesto” le había interesado. Se levantaron y se dieron la mano seguido de un abrazo. Después se dirigieron nuevamente a la cabaña de Leoncio, entraron y tomaron asiento. Esta vez, Leoncio lo dejó esperando mientras entraba a su alcoba y allí sacaba una estrella plateada que él mismo confeccionó de una plancha de aluminio. Regresó mirando a Meléndez le dijo: “ahora debe jurar lealtad ante la ciudad por la ley y el orden. ¿Lo jura?”.

El lo miró, lo pensó poco y algo nervioso dijo “lo juro”, sintiendo después una extraña sensación en el estómago.

Ahora le invito el melón –dijo Leoncio.

Meléndez aceptó, feliz.